

LIBROS / Ensayo

Desterrar los lastres del pasado

Una nueva España y un Estado de bienestar como anclaje para afianzar la democracia. Eso consiguieron, según los historiadores Soto y Mateos, los Gobiernos de Felipe González

Por Juan Sisinio Pérez Garzón

AL FIN NOS ENCONTRAMOS con un libro de historia normal sobre la etapa política liderada por Felipe González. Al reivindicar la *normalidad* de esta obra, atinadamente dirigida por dos ecúmenicos y rigurosos historiadores, Álvaro Soto y Abdón Mateos, trato de resumir el tono de unos trabajos en los que, junto a los problemas, conflictos e incluso graves tropiezos, también hubo luces y avances tan decisivos para nuestra sociedad que bien podríamos concluir que en los años ochenta los Gobiernos socialistas encauzaron la apertura de una nueva etapa en la historia contemporánea de España. Quizás, tal y como hacemos hoy con la fecha de 1988, dentro de un siglo la fecha de 1986 sirva en los manuales escolares como el punto de arranque de otra edad, la marcada tanto por ser España ya parte incuestionable de Europa como sobre todo por haberse implantado en esa década el Estado de bienestar como anclaje imprescindible para el afianzamiento de la democracia.

Es cierto que las cosas pudieron ser de otra manera, como ocurre cuando analizamos cualquier etapa histórica. Sin embargo, frente a otros libros en los que abundan las *jeremiadas* o el ajuste de cuentas, en este predomina la serenidad analítica. En nuestro oficio de historiadores se nos cuelean fácilmente las tentaciones sectarias o incluso juicios sumarios sobre supuestas traiciones más propias de una vieja historiografía moralizante y providencialista. No hay que desear el uso de los contrafactos para barruntar caminos no desplegados o para rescatar alternativas silenciadas, pero nunca para quedarnos atrapados en añoranzas retrospectivas ni en acusaciones que no ayudan en nada a conocer y entender cómo fueron realmente las cosas y por qué se implantaron determinadas opciones y no otras. Ya sabemos bastante de esos empeños por explicar el pasado económico de España achacándolo a los supuestos "fracasos" de unas burguesías más o menos alcortas o miopes. Ese cliché del fracaso resucita con bastante frecuencia en los más recientes análisis de la Transición y de la subsiguiente etapa socialista. No cae en este vicio presentista esta obra porque, sin necesidad de adentrarnos en refutaciones historiográficas, los diversos y plurales análisis recogidos por Álvaro Soto y Abdón Mateos ofrecen sólidos argumentos para comprender y conocer en su justa medida

lo que significaron aquellos años de Gobiernos socialistas entre 1982 y 1996.

El libro se hace más necesario, si cabe, en este momento, cuando, por causa de esta prolongada crisis que vivimos, tantas voces y fuerzas sociales tratan de impedir el desmantelamiento del Estado de bienestar. Es justo rescatar que los Gobiernos socialistas han sido artífices decisivos, aunque no exclusivos, de las realidades que hoy más valoramos de nuestra actual democracia, desde el afianzamiento de las libertades hasta la expansión más controvertida de un amplio abanico de derechos sociales. Tales realidades no han sido el resultado de la evolución natural ni de la prosperidad económica sino de unas decisiones políticas concretas, con frecuencia muy polémicas en su momento. Ahora que se desprestigia a

ese sistema de pensiones que entonces se implantó, y que ahora se considera casi como intocable, fue una de las causas por las que rompió el líder de la UGT, Nicolás Redondo, la tradicional alianza con el PSOE.

Por todo esto resulta necesaria la lectura de un libro que ofrece con precisión las coordenadas y circunstancias de las políticas de aquellos Gobiernos socialistas. Se confirma algo que conviene subrayar y que Álvaro Soto y Abdón Mateos plantean como eje del libro: precisamente la consolidación y desarrollo de la democracia fue el primer reto que asumió el PSOE bajo el liderazgo de Felipe González. Se podría afirmar que, al menos en España, la conquista de la democracia ha sido fundamentalmente una tarea de la izquierda. No es el lugar para discernir si la lucha por la democracia estuvo entre

tinados en torno al PSOE supo traducir ese afán de cambio histórico en tres retos: ante todo, conviene reiterarlo, consolidar y desarrollar la democracia; en segundo lugar, reformar y descentralizar el Estado, recogiendo las aspiraciones autonomistas existentes, y, como tercera meta, solapada con las dos anteriores, la de modernizar el sistema productivo, una tarea especialmente conflictiva pero que, salvo visiones sectarias, hay consenso en valorarla como necesaria y como punto de partida de la prosperidad social subsiguiente. En efecto, el programa marcado por Felipe González fue explícitamente reformista en las tres metas citadas, pero además hubo una cuarta faceta, la de sacar a España del largo "aislamiento internacional" sufrido sobre todo bajo la dictadura.

A lo largo de 20 capítulos, realizados por otros tantos autores, se desglosan los distintos contenidos de ese programa de reformas y modernización. Lógicamente no todos los capítulos son igualmente exhaustivos y algunos ofrecen un desarrollo limitado. En la mayoría se realizan aportaciones novedosas, como el que Álvaro Soto dedica al estudio del conflicto "como respuesta social pero también política", o los capítulos dedicados a las distintas facetas de la política exterior, o los que analizan la vida interna de los partidos, como el de Abdón Mateos sobre la transformación del PSOE, el de Charles T. Powell dedicado a la oposición de Fraga o el de R. Quirosa sobre el CDS de Adolfo Suárez. Faltaría analizar la transformación del PCE, el surgimiento de IU y los cambios en las pulsiones ideológicas de una izquierda que tiene que vérselas con la desaparición de los partidos comunistas y la consiguiente reducción del espacio para imaginar alternativas al Estado de bienestar. También habría sido interesante dedicar algún capítulo específico a los sindicatos, tan decisivos en muchos aspectos, y a lo que hoy catalogaríamos como "nuevos movimientos sociales". Por ejemplo, la creación en 1983 del Instituto de la Mujer y las políticas de igualdad implantadas por el PSOE no se puede comprender sin los movimientos feministas que previamente habían luchado desde fuera de los partidos

políticos, o incluso a pesar de éstos.

En todo caso, en un libro no caben todas las perspectivas y realidades de un período tan crucial de nuestra historia más reciente. Con esta obra se enriquece el conocimiento de esa larga década en la que se sentaron las bases para que España se adelantara de modo irreversible en la modernidad y también en la globalización, por más que la crisis actual dé pábulo a las voces más agoreras y apocalípticas contra los valores que se albergan en ese concepto. ●

Historia de la época socialista. España: 1982-1996. Álvaro Soto y Abdón Mateos (directores). Sílex Ediciones. Madrid, 2013. 505 páginas. 23 euros.



Felipe González, tras el triunfo de las elecciones legislativas de 1986. Foto: Marisa Flórez

diestro y siniestro al político y a la mal llamada "clase política", es justo que la historia nos devuelva el sano diagnóstico sobre el valor de los políticos como personas imprescindibles para toda democracia. Desde luego, no podemos hacer contrafactos de lo que hubiera pasado de gobernar otros, pero sí que sabemos que fueron aquellos políticos de los años ochenta los que sentaron las bases de una sanidad y educación universales y de un sistema de pensiones que hoy defendemos con, por ejemplo, mareas blancas y verdes... Más aún, hasta la derecha liberal reconoce hoy como asunto innegociable esos derechos, por más que le aplique reajustes que chocan con importantes sectores sociales. Paradojas de la historia,

las prioridades de nuestra derecha liberal en España, lo cierto es que, cuando la aceptó, siempre fue con mil reticencias contra los derechos sociales. Porque la izquierda catalogable como socialdemócrata, tanto en las filas del PSOE como del PCE, en los años de la Transición sí que fue la principal impulsora de un ideario que incluyó las aspiraciones igualitarias como parte misma de la democracia, al conjugar derechos civiles con derechos sociales de modo inseparable.

Lo cierto fue que en 1982, con la sombra del golpismo del 23-F de 1981 a la espalda, se produjo un momento de esperanza en un "cambio" que permitiera sacudir definitivamente los lastres del pasado. Una generación de militantes antifranquistas aglu-

¿Es posible el perdón?

Ante el final de ETA. La fuerza del perdón (1998-2013)

Miguel Cid Cebrían
La Catarata. Madrid, 2013
348 páginas. 21 euros

Por Francisco Gor

TRAS EL ANUNCIO del cese definitivo de la violencia en octubre de 2011, el posible final de ETA ha generado las naturales esperanzas en una sociedad, la vasca y la española, hastiada de tantos engaños y del rastro de sangre dejado por más de cincuenta años de actividad terrorista, a partir sobre todo del momento en que los españoles alcanzaron la libertad y la democracia tras la dictadura franquista.

El final de ETA, una vez comprobado y constatado, ¿tendría que venir acompañado de alguna brizna de perdón, y el Estado y la sociedad tendrían que ser generosos con quienes cumplen justa condena por sus crímenes facilitando su reinserción y su vuelta a la sociedad? Miguel Cid Cebrían, abogado, ex alcalde de Ciudad Rodrigo y ex senador socialista, aborda esta compleja cuestión en una obra muy vinculada a su experiencia política y jurídica y, en consecuencia, hondamente sentida.

El autor promovió en 1998la solicitud de indulto de José Barrionuevo y Rafael Vera tras su condena por el Tribunal Supremo como partícipes en el secuestro de Santiago Marey en 1983 por los GAL. Esa experiencia llevó al autor a una profunda reflexión sobre la importancia del perdón en

sus distintas formas, incluido el indulto, en el proceso de pacificación a que debería llevar la salida de una situación de destroz social y moral provocado por ETA.

Cid Cebrían tiene la valentía de plantear una cuestión delicada y controvertida aportando interesantes reflexiones desde perspectivas morales, filosóficas, políticas y sociales. Puede ser recomendable apoyar cualquier forma de acercamiento entre víctimas y verdugos, pero se trata de iniciativas que quedan en el ámbito privado y que responden a opciones personales. No tienen que tener, por ello, un papel relevante en políticas tendentes a la reconciliación. La relación binaria victimario-víctima no cabe, en cambio, en lo relativo al Estado, un tercero que tiene mucho que decir en un tipo de actividad delictiva en el que ha sido objetivo final y, en consecuencia, también víctima. El Estado puede ser clemente, y de ahí que se haya dotado de

una panoplia de medidas legales capaces de atemperar la ejecución de la condena si se dan determinados requisitos. Unos requisitos que solo tendrían virtualidad si la sociedad vasca y sus instituciones hacen un relato de la actividad de ETA que ponga de manifiesto que sus víctimas lo son de actos injustos, crueles y absolutamente innecesarios. Un referente para la actual situación podría ser José María Aznar, el gobernante que más profusamente ha hablado de "generosidad" e incluso de "perdón", con ocasión del fallido proceso de paz de 1998-1999, como recuerda el autor.

La renuncia definitiva de ETA a la violencia ofrece la ocasión de hacer las cosas bien aunando el interés general de la convivencia, que el Estado está obligado a procurar, con el respeto debido a las víctimas, de modo que no ocurra lo que a las víctimas del franquismo, para las que no ha habido justicia ni apenas reparación. ●

EL PAÍS BABELIA 06.07.13 7

Printed and distributed by NewsprintDirect
www.newsprintdirect.com US/Can: 1 877 980 4940 Intern: 800 636 6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW